

INTRODUCCIÓN

Suele decirse que la Historia de la Agricultura viene a coincidir con la Historia de la Civilización, pero más bien creemos que aquélla, sea bastante anterior.

Las primeras reseñas figurativas de las actividades humanas de subsistencia aparecen conjuntamente en esas muestras de arte rupestre, fantásticos testimonios, que tras tantos milenios, siguen contándonos cómo transcurrían los días en aquellos ambientes hostiles, sin tranquilidad y sin comodidades. El hombre habitaba en cuevas o en rústicas chozas; en un principio era cazador y recolector, pero la población, el “clan” iba creciendo, y las necesidades aumentaban.

La tierra producía espontáneamente alimentos, pero llegaba un momento en que eran insuficientes, y hubo que aguzar el ingenio y dedicar parte del tiempo a obtener del suelo algo más que antes, algo más para satisfacer sus necesidades. Y el hombre, sustituyendo en parte, y en parte utilizando las fuerzas naturales aprendió, estimulado por la propia necesidad, el arte de hacer nacer, crecer y producir a las plantas que le eran útiles: aprendió a cultivar.

Curiosamente las primeras “estampas” de esta primigenia agricultura, nos representan, en el mismo panorama, a unos arqueros, cazando o batallando, a unas mujeres en tranquila postura o danzando y, unas pocas, en actitud erguida o inclinada, provistas de un palo y, en este último caso, parece que están abriendo un surco en el suelo. Tal es la interpretación que se ha dado. Si ésta es cierta, sería el más ancestral testimonio de un cultivo ecológico.

Pasan siglos y milenios y nos encontramos con la agricultura egipcia (quizás más antigua que la antiquísima china) y en los primitivos monumentos

aparece figurada la forma de arar el terreno, como la practicaban en aquéllos remotos tiempos y hallamos, nuevamente, que lo hacían con la ayuda de un fuerte bastón, más o menos curvado, con el extremo punteagudo, que en ocasiones podía usarse como azada. En otras representaciones posteriores, más progresistas, se puede apreciar un elemental arado formado por una gruesa rama de árbol, con dos derivaciones: una, corta y punteaguda, era la que penetraba en el terreno, y la otra, más larga, servía para el arrastre, bien por una persona o más adelante unciendo un par de bueyes, cuando éstos fueron domesticados (unos 3.000 años a. C.). Hay quien dice que esto fué el inicio de la Revolución Industrial, al librar al hombre de ser él, la fuente de energía.

El conocimiento del arte de cultivar la tierra pasó de los egipcios a los griegos cuando se fundaron en Grecia colonias egipcias y ya Hesiodo (siglo VIII a. C.) habla de la costumbre de arar tres veces al año, en otoño, en primavera y antes de la siembra, y ésto sin voltear la tierra.

Tuvo tal trascendencia la “invención” del arado, que fue cosa corriente que los diversos pueblos, la atribuyeran a sus dioses: los egipcios a Osiris, los fenicios a Dagón, los chinos a Chin-Hong, los griegos a Prometeo, los áticos a Triptolemo y los etruscos a Tagete.

La práctica del abonado debió surgir de manera imprevista, simultáneamente con las primeras domesticaciones de animales que, al pulular alrededor del poblado, fertilizaban directamente la zona de sembradura futura, en la que, también, se echarían restos de comida y basuras. Eran los tiempos en los que el hombre comenzó a ser cultivador produciendo vegetales para su consumo familiar. Más adelante se fué perfeccionando la explotación y pudo ya producir cuantitativamente más y así le fué posible realizar intercambios de otros bienes, con otros hombres, y surgió el agricultor, con ánimo de lucro.

No sabemos cuando pudo suceder ésto, pero en las excavaciones de Jericó y de Jarmo se comprobó que hace bastante más de 7000 años a. C., había poblados y gentes que cultivaban trigos y cebada, aún antes que en Egipto. Una irrigación sencilla fué empleada en el 5500 a. C. en algunas partes de la Media Luna Fértil, donde el régimen de lluvias era demasiado escaso o irregular.

Va pasando el tiempo y la agricultura va cobrando, necesariamente, una importancia decisiva. Crecía la humanidad, las gentes se hacían sedentarias, en su mayor parte; la caza no bastaba para suministrar la carne, y surgió la ganadería. El aprovechamiento de la tierra se hacía cada vez más exhaustivo; la capa superficial se agotaba, había que arar más profundamente, y para eso iba muy bien una reja metálica. El buen resultado se hizo notar bien pronto y se roturaban nuevos terrenos y se complicaban poco a poco los útiles de labranza, y cada vez se esquilaban más las tierras.

Había que compensar la pérdida de fertilidad, y surgieron los abonos químicos; aumentaron las plagas al intensificarse los medios de comunicación, y se fabricaron nuevos plaguicidas. Era necesario alimentar una humanidad que crecía y crecía, y así surgió una agricultura de grandes rendimientos, debido de una parte a los progresos de la genética y de otra a la química y a nuevas técnicas de cultivo. Pero los cultivos ecológicos iban desapareciendo o quedaban relegados a zonas marginales atrasadas. Había que hacer revivir un cultivo más natural, con el que quizás se obtendría menos cantidad pero, económicamente, estaría compensada con una mejor calidad. Algo así como los productos de artesanía, con respecto a los obtenidos “en serie”.

Curiosamente, aquel primer instrumento de laboreo agrícola, una simple estaca más o menos curva, se conserva hoy día “en activo”, entre algunos aborígenes australianos, entre los bosquimanos y entre los amerindios abipones.

En cualquier cultivo, sea del tipo que sea, aparecen siempre en competencia, unas plantas espontáneas, generalmente de gran rusticidad, las “malas hierbas”. Pero en éstas, también hay clases, pues se ha comprobado que, en ocasiones, su vecindad puede ser provechosa; así hay gramíneas que resultan repelentes para algunos insectos perjudiciales a ciertas hortalizas, y se ha llegado a utilizar esa cualidad, sembrando sus semillas alrededor de las parcelas. En otras ocasiones se ha advertido que en la vegetación espontánea viven, en abundancia, predadores de otros insectos nocivos.

En la naturaleza, la lucha por la supervivencia presenta, a veces, gran agresividad; tal es el caso de un arbusto californiano que impide la proliferación de otras plantas a su alrededor, emitiendo una sustancia que inhibe la absorción del agua por las raíces de sus vecinas lo que resulta una manera muy eficaz de cortar la competencia.

Ahora bien, podemos defendernos, con pleno éxito, de la vegetación no deseada, por medio de los adecuados acolchados plásticos biodegradables, que además limitan en el suelo las pérdidas de agua por evaporación. Este es uno de los tantos ejemplos de cómo la plasticultura puede colaborar con eficacia en una Agricultura Ecológica.

Un capítulo muy interesante es el que se refiere a la lucha biológica contra los insectos perjudiciales (o simplemente molestos). Unas veces se procura amparar a sus predadores, recurriendo en ocasiones incluso a introducir modificaciones genéticas; otras veces se utilizarán hongos patógenos para el causante de la plaga, aplicados por medio de pulverizaciones a base de esporas. En ocasiones se emplearán sistemas de atracción, por feromonas y ultrasonidos; y hay también tratamientos radioeléctricos, en los que por aumento de temperatura y deshidratación, se provoca la eliminación. La ventaja de éste último método reside en que mientras que un insecticida o un prepara-

do anticriptogámico no puede alcanzar un parásito en el interior de una planta o a una cierta profundidad del terreno, el campo eléctrico puede alcanzarlo y destruirlo.

Con todo esto lo que se pretende es no contaminar más el medio ambiente y que los productos obtenidos sean “de más confianza” para una sana alimentación.

Bastante tiempo llevamos contaminando la naturaleza ya que como recordaba Ezequiel Ander-Egg, el novelista Hal Barland, decía que “el hombre es el más ingenioso de los animales depredadores” o lo que es lo mismo, el más depredador de los animales. Tomemos, pues, conciencia de la realidad y pongamos remedio, con nuestro mejor ingenio.